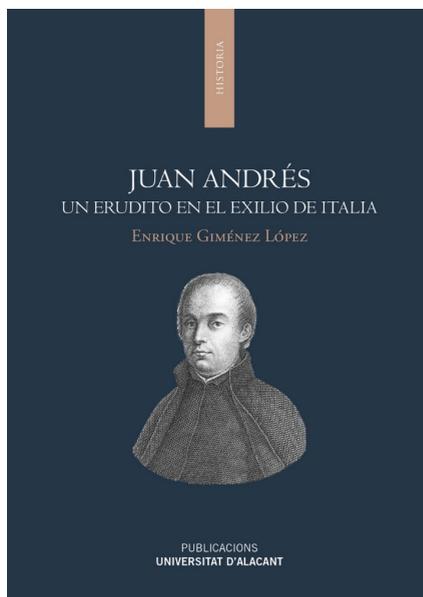


Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ, *Juan Andrés. Un erudito en el exilio de Italia*, Alicante, Publicaciones de la Universitat d'Alacant, 2021, 222 págs.

De las muchas vías de acercamiento a la vida y personalidad de un escritor, no cabe duda de que una de las más fructíferas es –cuando existen– la de sus escritos autobiográficos, los textos que desde una perspectiva personal y de una u otra forma hablan de sus experiencias, vicisitudes, viajes, impresiones, proyectos, etc. Un tipo de literatura que, como a nadie se le oculta, se cultivó extraordinariamente en el Setecientos y es cada vez mejor conocida gracias a las numerosas ediciones y estudios de todo tipo que se vienen realizando. Podemos saber así mucho más del escritor y, también, mucho más de la propia República Literaria de su tiempo.



Afortunadamente, Juan Andrés (1740-1817), el gran erudito y considerado primer historiador de la cultura universal, tuvo especial inclinación por esta escritura del *yo* durante el largo tiempo que, como jesuita expulsado, vivió en Italia, como hacen patente, aparte de otros textos, las *Cartas familiares* que dirigió a su hermano Carlos dándole noticia de los viajes que realizó a varias ciudades de Italia –y este publicó en Madrid entre 1786 y 1793–, y su impagable y copioso epistolario (cerca de mil trescientas cartas), dado a luz por Livia Brunori en 2006.

Dos años antes, Enrique Giménez López, conocedor como pocos del universo jesuítico y de los avatares de sus miembros tras su expulsión en 1767, había publicado una cuidada selección de las primeras once entregas de las *Cartas familiares* (*Bolonia, Florencia, Roma. Cartas familiares*, I, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2004) –correspondientes a sus impresiones de las ciudades que visita en su viaje de 1785–, precedida de un espléndido «Estudio introductorio» (189 págs.) y acompañada de un crecido número de notas explicativas sobre los múltiples extremos aludidos en el texto. El rico bagaje bibliográfico puesto a rendir a tal fin hace que todo lo que el lector pudiera querer saber sobre los lugares que recorre el jesuita italianizado, las bibliotecas, museos,

academias, colegios y demás instituciones científicas que visita, las personas que le acompañan o con las que de parte, las tertulias a las que es convidado, los literatos y artistas que conoce, los palacios, iglesias y obras de arte que contempla, lo que le produce mayor admiración o disgusto..., todo eso y mucho más aparezca minuciosamente reseñado. Y ya no solo en las notas, pues el «Estudio introductorio» se distribuye, tras un apunte biográfico de Juan Andrés, en tres discursos individualizados para ofrecer la imagen totalizadora de cada uno de esos tres territorios: todo aquello de lo que él, como espectador y testigo cualificado, quiere hacer partícipe a su hermano para satisfacer sus reiteradas peticiones y pueda trasladarlo a unos lectores españoles que seguramente poco o nada saben de todo ello. Como hiciera años atrás Luzán con sus *Memorias literarias de París*.

Aquella encomiable edición ha tenido su prolongación en el libro que ahora reseñamos, pues una parte sustancial del mismo la compone el texto del «Estudio introductorio», pertinentemente actualizado con nuevas precisiones (por ejemplo, las referidas a la relación de Andrés con el gran impresor Bodoni para tratar los detalles de la edición de su magna obra, *Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura*, 1782-1799), las aportaciones más recientes sobre Juan Andrés de Nicolò Guasti, Carlos Damián Fuentes Fos, Antonio Mestre o Inmaculada Fernández Arrillaga, así como numerosas noticias oportunamente entresacadas de su *Epistolario*, como evidencia el muy enriquecido aparato de notas y la actualizada relación de «Obras citadas posteriores a 1817» con la que se cierra el volumen. A ello se suman una Introducción sobre «La Compañía de Jesús y la Ilustración» y dos capítulos finales, uno sobre sus impresiones de Nápoles («Emociones: Nápoles, Vesubio y Pompeya») y otro sobre «Los últimos años de Andrés», la parte menos conocida de su trayectoria vital y que en ese capítulo queda puntualmente esclarecida. Un prólogo del llorado maestro Antonio Mestre, que tantas horas y actividades compartió con Enrique Giménez, subraya sus méritos intelectuales, y destaca alguno de los aspectos más significativos del jesuita alicantino: su entronque ideológico con el ambiente intelectual valenciano y la influencia de Mayans en sus planteamientos culturales, su oposición a la escolástica, su interés por las ciencias físico-matemáticas, su actitud política, su condición de «cristiano ilustrado», su rechazo de «la postura de los ilustrados racionalistas, como Voltaire o Diderot», su acendrado espíritu jesuítico, etc.

Gracias a todo ello, el Juan Andrés que emerge de sus páginas y la Italia que contempla cobran nuevo bulto, si no distinto, pues los perfiles básicos se mantienen en lo esencial, sí más completo y matizado. Apreciamos así con mayor nitidez lo que le supuso la dureza del exilio, como también su adaptación a las nuevas circunstancias y los apoyos con los que contó, especialmente de su gran protector, el marqués de Bianchi, en cuya casa fue acogido en 1774 como preceptor de sus

hijos y donde permanecerá hasta 1796 disponiendo de los medios adecuados para desarrollar su trabajo intelectual; su creciente interés por la ciencia y los intereses que fueron definiendo sus publicaciones; sus incansables recorridos para visitar bibliotecas y acopiar datos para sus investigaciones; el prestigio que va adquiriendo; sus impresiones sobre lugares y personas; su matizada implicación en la defensa de la cultura española tras los ataques de Tiraboschi y Bettinelli; su trato con exjesuitas españoles –Eximeno, Llampillas, Montengón, Arteaga, Pignatelli...– e italianos, como el propio Tiraboschi, con quien mantuvo amistosa relación, y tantos otros más; su obsesión para llevar a buen término la edición de *Origine*; sus opciones estéticas de inequívoco sesgo neoclásico y antibarroco, fundadas en las teorías de Winckelmann; la gran proyección europea y española de su obra; y, en fin, nos adentramos también con nuevos datos en la realidad cultural de la Italia del momento y en las circunstancias en que se vio durante los convulsos tiempos que siguieron a la llegada de las tropas napoleónicas en 1796.

El capítulo introductorio, «La Compañía de Jesús y la Ilustración» –parte de un estudio más extenso publicado con ese título en la revista *Debats* en 2009– actúa como marco para encuadrar la posición de Juan Andrés respecto de la Ilustración y los *philosophes*, algo más templada y conciliadora que la del común de sus hermanos de hábito, que se caracterizó, como bien explica Enrique Giménez, por un abierto enfrentamiento. Por ambas partes, a tenor de las acusaciones a los jesuitas de Hume, Diderot o D’Alembert que trae a ese propósito. A su juicio, la expresión más elocuente de la actitud de la Compañía frente a la cultura ilustrada es el *Journal de Trévoux*, la gran revista erudita fundada en 1701 por los jesuitas Jacques-Philippe Lallemand y Michel Le Tellier y convertida, por su defensa de la ortodoxia católica, en verdadera «plataforma crítica contra la Ilustración» (pág. 18). *Ilustración*, creo entender, en su sentido radical, pues desde una visión más amplia y abarcadora tal apreciación parece un tanto excesiva. Desaparecido el *Journal* en 1762 con la condena de la Compañía, «el movimiento ilustrado realizó el más completo y sistemático análisis de los motivos que habían conducido al fin de los jesuitas con la publicación por D’Alembert de su libro *Sur la destruction des Jésuites en France*» (pág. 19). Fanatismo, intolerancia, excesivo apego a la teología y a un modelo de Iglesia temporal, y afán de extenderse y dominar son sus principales acusaciones. En España, los ilustrados coinciden en muchos puntos con este análisis, «si bien con acento propio, no tanto por cuestiones de fondo como por peculiaridades de la Ilustración española». Lo que principalmente les imputan es su desfasado modelo educativo, su «escaso apego a la verdad», su defensa de una Iglesia jerarquizada, los obstáculos que han puesto a las ideas renovadoras y el poder que han logrado, en complicidad con los colegiales, en el ámbito de la cultura. Tras

la extinción de la Compañía en 1773, los exjesuitas continuaron enfrentados con la Ilustración, si bien algunos, como Andrés o Arteaga, asumieron la posibilidad de conciliar Ilustración y tradición y de emanciparse en cierta medida de lo que venía siendo la línea oficial de la orden. Así, «de cuantos exjesuitas españoles escribieron en la segunda mitad del Setecientos, fue Andrés el que mayores simpatías mostró hacia el fenómeno ilustrado» (pág. 25). Pero, tras los sucesos revolucionarios acaecidos en Europa desde 1789, esta actitud dará un giro radical, mucho menos contemporizador con la filosofía ilustrada.

El minucioso relato del capítulo II («Un erudito neoclásico») registra lo esencial de su trayectoria vital e intelectual hasta la Revolución Francesa: sus circunstancias familiares, su ingreso en la Compañía en 1754, sus estudios y su docencia en Gandía, su relación con Mayans, con quien le unían vínculos de parentesco, las vicisitudes sufridas tras su partida al exilio y en fin, su vida en el país que le acogió y en el que permanecerá hasta el final de sus días, salvo los breves viajes que realiza a Centroeuropa. Los agitados tiempos que va a vivir después quedarán reflejados, como ha quedado apuntado, en el capítulo VII y último, construido en gran medida a partir de las cartas que escribe a Cavanilles, Lorenzo Mehus, Tiraboschi, Betinelli, Ximénez de Cénarbe, Giulio Perini, su hermano Carlos, Francisco Javier Perotes, Jacopo Morelli y otros amigos. Queda constancia así de su profunda desazón ante los hechos revolucionarios, la llegada a Italia de las tropas napoleónicas y los avatares que sufre la Compañía, de sus obligados cambios de domicilio, sus dudas y finalmente negativa a regresar a España en 1797 cuando los jesuitas fueron autorizados a ello, de su empeño en continuar trabajando pese a las contingencias políticas, su preocupación por lo que está pasando en España, sus actividades en los cuatro años que vivió en Parma y en los diez de Nápoles como director de la Biblioteca Real y de la Academia de la Historia, y, en fin, la debilidad física que precederá a su muerte en Roma.

Los tres siguientes capítulos se centran ya en el panorama que presenta Andrés de esos cuatro territorios que con tan manifiesto interés y afán de saber recorre en 1785 y en las impresiones y sentimientos que delatan sus comentarios. Un panorama fundamentalmente cultural y humano que la mirada inquisitiva de Enrique Giménez filtra al lector en una impecable ordenación y contextualización de sus componentes más significativos.

Bolonia, la segunda ciudad de los Estados Pontificios, se ofrece ante todo como un «modelo cultural» para los españoles con su prestigioso Istituto delle Scienze (para Andrés, «una de las obras más gloriosas que se han erigido a las ciencias») y otras instituciones académicas, sus bibliotecas –siempre en primera línea de sus intereses– y las notables personalidades que en la actualidad o en el pasado reciente han enriquecido considerablemente las letras: Luigi Ferdinando

Marsigli, fundador del Istituto, Eustachio Manfredi, Laura Bassi, cátedrática de Física Experimental del Istituto y fallecida no hacía mucho, el científico Giacomo Bartolomeo Beccari, el musicólogo P. Martini, el botánico Gaetano Monti, Domenico Guglielmini, famoso por sus estudios de Hidráulica...

En las dos cartas que dedica a su estancia en Florencia, prima también el aspecto cultural («Yo la quiero mirar por la parte literaria», afirma), aunque no deja de considerar también la parte artística y arquitectónica. Visita la famosa Galleria, acompañado por su director, Giuseppe Pelli Bencivenni, y el anticuario asistente, el exjesuita Luigi Lanzi; las bibliotecas Magliabechiana y Laurenziana, que le merecen especialísima atención y otras de menor rango, como la Riccardiana, en la que le sirven de guía el abate Lorenzo Mehus, con quien mantendrá frecuente relación epistolar, y su director, el destacado helenista Francesco Fontani; el Archivo diplomático y otros centros de interés, entre los que especialmente destaca el Museo Imperial y Regio de Física e Historia Natural, culmen de las concepciones museológicas, y el museo del Milord Cowper, un mecenas inglés que Andrés presenta como modelo para la aristocracia española, así como el observatorio astronómico del exjesuita siciliano Leonardo Ximenes, conocido suyo y con quien comparte su admiración por Galileo. También le merecen amplios comentarios las Academias toscanas y sus académicos. E igualmente alude a varios personajes y damas insignes (*v. gr.* la poetisa Maria Magdalena Morelli, a cuya tertulia acude acompañado por el doctor Clemente del Pace y el bibliotecario Angelo Maria Bandini, la también poetisa Fortunata Sulgher Fantastici y la célebre «pintora de las gracias» Angelica Kauffman) así como a alguno de sus contertulios, como los eruditos exjesuitas Luigi Brenna y Marco Antonio Lastrì.

La Roma que disfruta con asombro y admiración durante los dos meses y medio que reside allí es fundamentalmente la Roma artística y monumental, la de la gran exaltación clásica. Porque, aunque según su costumbre también visita con atención bibliotecas —a veces con dificultades, como ocurre con la Vaticana—, academias e instituciones educativas, saluda a viejos conocidos, se relaciona con estudiosos de muy diversas materias (*v. gr.* el anticuario Ennio Quirino Visconti, el archivero Gaetano Marini...), trata con cardenales, religiosos y aristócratas, concurre a varias tertulias (como la del cardenal Guivanni Carlo Boschi) y alude al ambiente científico romano, su principal atención recae en sus monumentos, basílicas, palacios, esculturas, ruinas, termas, villas y colecciones museísticas, que enjuicia desde sus firmes convicciones neoclásicas. Por eso acierta Enrique Giménez al titular este capítulo V «Bajo el influjo de Winckelman», el admirado teórico alemán «intérprete y árbitro de toda la Antigüedad», según sentencia Andrés.

Como muestra el examen de los trece intensos días que Andrés vive en el Nápoles, el relato cambia de tono, pues las acostumbradas andanzas artísticas

y culturales se entrelazan con las vivas impresiones que en él despiertan las bellezas naturales, el grandioso espectáculo del Vesubio «despidiendo fuego y humo», la caldera volcánica del golfo de Pozzuoli o los restos recuperados de Pompeya –que visita con el director de las excavaciones Francisco de la Vega–, así como con múltiples evocaciones eruditas del pasado napolitano (Virgilio, Horacio, Marcial, Plinio...) y reconocimientos a Carlos III por su protección a la cultura, singularmente por las empresas arqueológicas llevadas a cabo en Pompeya y Herculano («será inmortal en los fastos de la literatura, y mientras dure el estudio de la anticuaría vivirá en las bocas y plumas de los eruditos el restaurador de Herculano y Pompeyana enterradas por tantos siglos...»). Pero, en lo fundamental, el esquema es el mismo de los capítulos anteriores, por lo que podemos conocer así sus percepciones más significativas de sus visitas a museos (el de Portici, creado por el rey Carlos en 1758 como depósito de las piezas encontradas en Herculano...) y bibliotecas, como la de los Agustinos de San Giovanni a Carbonara o la de los Padres de la Congregación de San Felipe Neri –donde se encuentra con el arqueólogo y erudito danés Friedrich Münster– que le deparan verdaderos tesoros bibliográficos, sus recorridos por las cercanías de Nápoles (Caserta, Capua, Pozzuoli ...) y, en fin, de los paseos y edificios importantes, como el Albergo dei Poveri o el todavía inacabado palacio de Capo di Monte, que se utilizaba como museo y biblioteca.

Y con esta experiencia napolitana, cierra Enrique Giménez la apasionante revisión que con tanto conocimiento, rigor y riqueza informativa ha sabido realizar de aquel primer periplo cultural que hizo por tierras italianas el más sobresaliente de los jesuitas expulsos. Si para el español de entonces las *Cartas familiares* fueron un espléndido ventanal para asomarse a la realidad humana, artística y cultural de aquella Italia, el lector de hoy encontrará en este *Juan Andrés. Un erudito en el exilio de Italia* la más completa re-lectura crítica de aquel periplo junto con una precisa imagen de su protagonista.

Ciertamente, la figura de Juan Andrés es hoy por fortuna mucho mejor conocida que en un pasado no demasiado lejano y ha dejado de estar «relegada a la consideración de mera curiosidad erudita y condenada a un desdibujamiento progresivo» (pág. 27). Creo que este excelente libro de Enrique Giménez, como los demás estudios que le ha dedicado, lo confirma con creces.¹

INMACULADA URZAINQUI

¹ Un año después de publicada esta obra, Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ ha dado a luz un estudio fundamental para conocer el contexto en el que se movió Andrés, como jesuita, en sus años italianos: *Tempestad en el tiempo de las Luces. La extinción de la Compañía de Jesús*, Madrid, Cátedra, 2022.